

Un acceso de fiebre milenarista*

Marc Richelle
Universidad de Lieja

Como introducción a este número monográfico del Anuario de Psicología, el autor, cediendo al entusiasmo milenarista provocado por la proximidad del año 2000, presenta algunas reflexiones sobre el estado actual de la psicología y sus perspectivas para el futuro. A pesar de su fragmentación en múltiples campos hay signos que parecen apuntar a la recuperación de su unidad. Se presta especial atención a la tendencia actual a restaurar la importancia de las emociones, de las motivaciones de la acción y de los factores ambientales, aspectos que el cognitivismo ha reducido u olvidado. Aunque el conflicto tradicional sobre las raíces de la naturaleza humana –biológica o social– dista de estar resuelto, una nueva manera de considerar las variaciones, tanto interindividuales como intraindividuales, ofrece la posibilidad de reconciliar las dimensiones biológicas y sociohistóricas así como de abordar los muchos problemas que afectarán a la psicología aplicada en el futuro. Se insiste en la necesidad creciente de pluridisciplinariedad, de mejor comunicación en el interior de la psicología y de una mayor y más eficaz información y educación del público en general sobre lo que es la psicología. Dada la imposibilidad de predecir los cambios que puede experimentar la naturaleza humana en los próximos siglos se formulan recomendaciones para una máxima flexibilidad y para la disposición a tratar seres humanos conformados por unas realidades virtuales que eventualmente puedan necesitar la ayuda de psicólogos virtuales.

Palabras clave: crisis (de la psicología), biología, cultura, dualismo, educación (en psicología), variaciones, realidad virtual.

As an introduction to the present thematic issue of the Anuario de Psicología, the author, indulging in the millenarist mood at the approach

* Una versión en inglés del presente artículo fue presentada en la Facultad de Psicología y Ciencias de la Educación de la Universidad de Lisboa el 27 de enero de 1998. El texto tiene, por lo tanto, un contexto ibérico que es motivo de especial satisfacción para mí, y me ofrece una oportunidad para expresar mi agradecimiento a los colegas de la península por los numerosos vínculos intelectuales y de amistad que nos unen desde hace tantos años.

Correspondencia: 29 Sart Doneyx. B-5353 Goesnes. Bélgica.

of the year 2000, presents some reflections on the present state of psychology and on future prospects. In spite of the fragmentation of psychology into multiple subfields, he points to some signs towards recovering unity. Attention is given especially to current trends towards restoring the importance of emotion and motivation, of action and of environmental factors, the place of which had been reduced or neglected by extreme cognitivism. Although the traditional conflict as to the roots –biological or cultural– of human nature is far from being solved, a new way to look at variations, both interindividual and intraindividual, offers a possibility to reconcile the biological and socio-historical dimensions, and also to face the many problems challenging applied psychology in the future. Emphasis is made on the increasing need for pluridisciplinarity, for better communication within psychology, for more efficient and earlier information and education of the public at large as to what psychology is about. Given the impossibility to predict what changes human nature might undergo during the next centuries, recommendations are made to maximal flexibility, and readiness to deal with humans fully shaped by virtual reality, eventually in need of virtual psychologists.

Key words: crisis (of psychology), biology, culture, dualism, education (to psychology), futurology, unity (of psychology), variations, virtual reality.

La magia de los números

Algunos números tienen una magia particular. Esto es irracional, ya lo sabemos, pero aun así, incluso nosotros, los psicólogos, nos dejamos llevar por la misteriosa atracción de las cifras. Basta recordar el artículo histórico de Georges Miller (1956), *The magical number seven, plus or minus two*. Los finales de siglo, los años que acaban con dos ceros, no resultan menos impresionantes e inspiran una mezcla de sentimientos de esperanza y de temor. Éstos se multiplican por diez cuando se aproxima el inicio de un nuevo milenio. La gente tiene la mirada puesta en el año 2000, como si algo especial tuviera que ocurrir en el punto de engarce entre los milenios. Ignorando el carácter puramente convencional de esta transición –a fin de cuentas, ésta sólo afecta a quienes utilizan el calendario cristiano–, se entregan con frenesí a las predicciones más fantasiosas. Son tiempos propicios para los astrólogos. Los horóscopos se venden bien y se venderán cada vez mejor a medida que se acerque la fecha fatídica. El fin del mundo no es, desde luego, una profecía tan popular como lo fue hace mil años, pero aun así, las previsiones que formulan con toda seriedad personas serias, como lo son los hombres de ciencia, no son menos alarmantes: cuando no anuncian la destrucción brutal, apocalíptica, del mundo, nos prometen el deterioro ineluctable de nuestro medio ambiente, por lo menos si seguimos obstinándonos en continuar actuando como hasta ahora. Si comparamos la situación con la del final del primer milenio, los pecados se han desplazado ciertamente hacia ámbitos distintos, pero la amenaza del castigo no ha variado en absoluto.

Estimulados por la recuperación de la actividad de los astrólogos, los especialistas de todos los ámbitos aprovechan este ambiente para hacer balance del estado de su ciencia y esbozar sus perspectivas de futuro. Los psicólogos no constituyen una excepción dentro del espíritu milenarista. Hace poco se publicó el volumen que recopila las conferencias de los ponentes invitados al último Congreso Europeo de Psicología, que se celebró en Dublín en julio de 1997, con el subtítulo: *Progress, paradigms and prospects for the new millenium*. Es sólo un ejemplo más entre la enorme cantidad de libros, coloquios, números especiales de revistas que están saliendo al amparo del número mágico 2000. Sin duda, a los psicólogos o a los demás científicos que comparten el entusiasmo popular no les mueve de manera particular el misticismo milenarista. Simplemente aprovechan el pretexto para reflexionar sobre su disciplina, sobre lo que ésta ha conseguido, sobre los problemas con que se enfrenta, sobre cómo evolucionará o cómo desearían que evolucione, o incluso cómo temen que lo haga. Es un ejercicio beneficioso que las gentes del oficio no siempre tienen tiempo de practicar o no se lo toman. Un ejercicio que permite una mayor libertad de pensamiento y de estilo que los escritos científicos habituales, sujetos a normas más rígidas, y que por ello tienta a algunos autores que declinarían una invitación para reflexionar en un marco más convencional. Los autores que han aceptado colaborar en este número monográfico del *Anuario* pertenecen a dicha categoría. La libertad que se les ha concedido les ha permitido expresar su punto de vista sobre su campo de especialización de una manera más personal, más aventurera, más comprometida, de un modo que refleja más nítidamente su personalidad científica, además de su saber y su experiencia. Desde el primer momento, todos aceptaron participar en este «género» particular del ensayo milenarista y escrutar su bola de cristal. Representan corrientes diversas de la psicología, tradiciones distintas, diferentes generaciones. Sus textos permitirán que los lectores se informen sobre los hechos significativos que están teniendo lugar en los correspondientes ámbitos y sobre las perspectivas futuras de los mismos, y se interroguen sobre cómo puede concebirse el futuro de la ciencia a la luz de los éxitos o las crisis que está experimentando, de los desafíos que tendrá que afrontar, de lo que cada uno ha hecho en su carrera.

El tema asignado era menos ambicioso que el que se propuso a los conferenciantes de Dublín, tal como aparece formulado en el citado subtítulo. Más que el milenio, el *Anuario* se propuso considerar el horizonte temporal de un siglo. A decir verdad, no sabemos mucho más sobre los próximos cien años que sobre los próximos mil y, de todas maneras, quien se ocupa de predecir el futuro se interesa sobre todo por el pasado. Los compiladores de la obra de Dublín, como buenos astrólogos, así lo comprendieron cuando titularon su volumen *A Century of Psychology*, reservando para el subtítulo la ampliación un poco presuntuosa al próximo milenio. No debe reprocharse, por lo tanto, a los autores de los textos que integran el presente volumen, que apoyen su visión del futuro sobre una síntesis selectiva del pasado y el presente del ámbito que consideran.

Por nuestra parte, les dejamos a ellos el terreno de sus especialidades respectivas y vamos a aventurarnos a exponer, a modo de introducción, algunas reflexiones de «generalista» sobre la psicología como campo de investigación fun-

damental, en primer lugar, y sobre sus ámbitos de aplicación, a continuación, toda vez que los verdaderos retos del futuro se sitúan sin duda esencialmente en el terreno de la práctica. Sin embargo, ambos aspectos están estrechamente vinculados y los desafíos más concretos del mundo de mañana plantean interrogantes cruciales para la teoría psicológica.

Una mirada sobre las ciencias psicológicas

La unidad perdida...

Una mirada sobre las ciencias psicológicas en la vigilia del tercer milenio podría hundirnos en el pesimismo. Es cierto que éstas se han desarrollado de manera extraordinaria desde su nacimiento, hace apenas un siglo y medio, y han explotado literalmente para dar lugar a una impresionante diversidad de subdisciplinas. Esta es, en un cierto sentido, una señal muy positiva. No obstante, la psicología aparece a los ojos de muchos de quienes la practican o de quienes la observan desde fuera como un objeto fragmentado, *deconstructed*, como el pobre Harry. El desarrollo que ha experimentado ha tenido lugar a costa de su unidad. Hace unos cincuenta años, el psicólogo y psicoanalista francés Daniel Lagache todavía creía firmemente en la unidad de la psicología (Lagache, 1949). Los que le siguieron se mostraron cada vez más escépticos al respecto. Los investigadores se han entregado a una hiperespecialización creciente. Tras un largo periodo de grandes teorías monolíticas, que modelaron el paisaje de la psicología hasta mediados de nuestro siglo XX, ahora asistimos a una proliferación de modelos locales y microteorías; los conflictos persisten y se multiplican, sin llegar a elevarse en todos los casos por encima de las oposiciones ideológicas y, lo que es aún más grave, la ignorancia mutua de cada dominio con respecto a los demás ha llegado a ser la norma.

Un hecho que no resulta nada favorable para construir un futuro para la ciencia psicológica, ni para promover aplicaciones sólidamente basadas en datos científicos: los profesionales clínicos, cansados de tener que enfrentarse con tantas voces discordantes, vuelven la espalda a los productos de la investigación fundamental, un hecho que tampoco resulta nada favorable para la credibilidad de la psicología entre los demás científicos ni entre la opinión pública en general. El balance es bastante pesimista. Así lo veía yo poco tiempo atrás, sobre todo después de que una forma determinada de cognitivismo extremo redujera a los humanos a la categoría del modelo de un ordenador dedicado al tratamiento de la información, a la vez que reducía el espíritu a dicha función y al hombre, a la categoría del espíritu así concebido.

No obstante, la evolución de la psicología durante los últimos años revela importantes cambios en relación con dicho estado de cosas. Me parece que ahora avanzamos en la dirección adecuada para recuperar un sentido de unidad dentro de la psicología, sin sacrificar nada de la complejidad evidente que justificó su fragmentación. Examinemos algunos de estos cambios que comienzan a perfilarse.

... ¿la unidad recuperada?

Tras la exaltación del Espíritu, estamos asistiendo por fin a una rehabilitación de la emoción, de los afectos, de la motivación. Entre muchos otros indicios, puede encontrarse una ilustración de primer orden en la obra del neurólogo Antonio Damasio, *El error de Descartes*, subtitulada significativamente *Emoción, razón y cerebro humano* (1994). El mérito de Damasio es haber restituido los derechos del cuerpo, haberle devuelto, por decirlo así, su dignidad, como algo inseparable del funcionamiento del cerebro, hasta en sus actividades cognitivas más «nobles», a las que Descartes atribuyó una substancia diferenciada (¿tal vez sólo con el fin de evitarse conflictos con la Iglesia?). Otros contribuyeron, sin duda, a este mismo movimiento antes que Damasio o paralelamente a él. El cuerpo se encuentra situado en el centro de numerosas prácticas psicológicas más o menos fundamentadas, a veces sospechosas, y que tienen su origen en las corrientes de las aplicaciones, antes citadas, que se han disociado tajantemente de cualquier referencia a las investigaciones fundamentales. Por otro lado, también lo han reincorporado, si podemos aventurarnos a decirlo así, algunos autores que participan en la rica reflexión sobre las relaciones entre el cerebro y el espíritu a la que hemos asistido desde hace una veintena de años. Un ejemplo característico es la obra de Varela, Thompson y Rosch, *The embodied Mind* (1991), que convendría traducir como *El Espíritu hecho carne*. Sin embargo, a diferencia de Damasio, estos autores buscan la solución en la yuxtaposición complementaria de las filosofías orientales (el budismo, principalmente) y las ciencias cognitivas, lo cual es motivo de un redescubrimiento de la fenomenología europea. No proponen, en realidad, una concepción científica integrada del hombre; mantienen la dicotomía cartesiana entre espíritu y naturaleza animal, perpetuando así el dualismo *à la Descartes*. La tentativa de Damasio consiste, por el contrario, en reconciliar cognición y emoción (lo que no equivale en absoluto a la construcción de una teoría cognitiva de las emociones, de conformidad con una tendencia, subproducto directo del cognitivismo radical, que se ha impuesto en los últimos años). Con esto ha dado un paso decisivo hacia la restauración de la unidad del hombre.

De manera parecida, después de la exaltación de la cognición como dispositivo de tratamiento de la información, sin tomar en consideración la etapa final de todo tratamiento cerebral, o sea, la acción, ahora asistimos a una rehabilitación de la acción. También en este caso, podemos citar como ejemplo de este cambio de rumbo una obra reciente, como es *Le sens du mouvement* del psicofisiólogo francés Alain Berthoz (1997). Ésta se inscribe, sin duda, dentro de una tradición de la psicofisiología de la psicomotricidad que, si bien comparte en más de un aspecto las posiciones teóricas y metodológicas del cognitivismo, nunca perdió de vista la culminación de todo proceso de tratamiento de la información en el acto motor. Una tradición marcada también, en Francia, por la escuela marsellesa de Jacques Paillard. Simplificando un poco un problema complejo, podríamos decir que esta rehabilitación de la acción sustituye la metáfora del ordenador de cálculo por la metáfora del robot. Los organismos no se limitan a tratar la información que llega a sus receptores sensoriales, sino

que *actúan*. En realidad sería absurdo tratar una información si el objetivo no es que sirva de guía para alguna acción. Más aún: la información tratada no se registra de manera pasiva, sino que el sujeto la capta activamente. Desde sus inicios, todo *acopio de información* es una *acción*... Todo ello no constituye, a fin de cuentas, nada nuevo, sino que se trata de una noción clásica de la psicología científica en el marco de tradiciones tan distintas como el conductismo de Skinner o el constructivismo de Piaget. Sin embargo, es preciso reconocer que el entusiasmo por el tratamiento de la información y las representaciones había llevado a olvidarla.

Un tercer reequilibrio se produce en relación con el papel del entorno. El cognitivismo radical, al concentrar toda su atención en la vida mental, en una reacción violenta contra el conductismo, descuidó por completo las interacciones con el entorno, con lo cual desechó al niño junto con el agua del baño. Este exceso se ha corregido ahora, sobre todo bajo la influencia de los enfoques ecológicos que han penetrado incluso en las investigaciones cognitivas, y se ha restablecido el equilibrio entre lo que el hombre tiene en la cabeza y aquello con lo que se enfrenta en el mundo que le rodea. Recuérdense algunos ejemplos sencillos y actualmente familiares, como el enfoque ecológico de la memoria, la noción de efecto contextual en los procesos mnésicos, de percepción o de razonamiento. Si los examinamos detenidamente, no se trata de novedades, sino del redescubrimiento de elementos clásicos en otras tradiciones psicológicas. Lo cual poco importa si sirve de motivo para una integración de enfoques diversos, capaz de restituir algo más de unidad a nuestras teorías psicológicas, devolviendo el lugar que le corresponde al interaccionismo sin el cual, a nuestro parecer, toda concepción psicológica queda mutilada.

Entre biología y cultura: una tensión persistente

El cognitivismo funcionalista, tal como aparece representado en particular en la teoría de Johnson-Laird, ha sido en los últimos veinte años una de las desviaciones más extremas de la psicología, sin dejar de ser a la vez también, por otro lado, una de las orientaciones más en boga y —justo es reconocerlo— muy productiva en algunos aspectos. La valorización exclusiva de los modelos sumamente abstractos, puramente computativos, ha contribuido a aislar la psicología de la biología, separando en cierto modo el espíritu del cerebro, sin mencionar ya el resto del cuerpo. También este exceso está empezando a corregirse en el marco de la aventura común emprendida en el seno de las neurociencias. El estudio del cerebro progresa con tanta rapidez que actualmente sería absurdo pretender, al menos en numerosos campos de la psicología, que es posible desarrollar la investigación con total independencia de las neurociencias. En el horizonte del próximo siglo se perfila una integración cada vez más marcada. Lo cual implica ciertamente un riesgo en el sentido contrario: el de descuidar las dimensiones sociales de las conductas humanas (que el funcionalismo, por otro lado, tomaba tan poco en consideración como a las restricciones neuronales). La mayoría de los psicólogos han concebido tradicionalmente la psicología humana como la ciencia difícil de unos organismos

cuya especificidad consiste en un doble enraizamiento en lo biológico y en lo cultural. Es cierto que un entusiasmo no crítico por la neurobiología podría llevar a descuidar el ingrediente cultural, tan constitutivo de nuestra naturaleza como el ingrediente biológico. Por evidente que esto parezca, se trata de dos aspectos cuya combinación resulta en apariencia extraordinariamente difícil para el pensamiento científico y esta conciliación indispensable sigue siendo uno de los retos con los que continuará enfrentándose la psicología en el futuro.

A lo largo de la historia de nuestra disciplina y también en la actualidad, se observa una tendencia a contraponer estos dos factores en un modo de pensamiento dicotómico, más que a integrarlos. El manifiesto *Pour une reconfiguration des sciences psychologiques* (Bronckart et al., 1996), presentado a los asistentes al Congreso Piaget y Vygotski, celebrado en Ginebra en septiembre de 1996 en el marco de la celebración del centenario de Piaget, nos ofrece un ejemplo actual. Dicho texto inaugural, desusado, redactado por un grupo de psicólogos de renombre, responsables de la organización del encuentro, era un alegato en favor de que se tomasen en consideración más seriamente los factores sociohistóricos dentro del estudio psicológico del ser humano. La inspiración vygotskiana era evidente, pero la posición de los autores con respecto a la biología era de mayor recelo que la que mantuvo el psicólogo ruso en su momento. Los autores del manifiesto llegaban hasta el extremo de negar, en el plano metodológico, cualquier posibilidad de «explicar» las conductas humanas con ayuda de los instrumentos tradicionales de la ciencia, recurriendo una vez más a la vieja distinción entre *explicar* y *comprender*. Esta distinción ha sido, a lo largo del tiempo, uno de los grandes puntos de desacuerdo entre los psicólogos, que ha enfrentado en particular a determinadas escuelas de psicología clínica con los psicólogos experimentales. Como puede verse, el interrogante sigue siendo materia de debate: ¿la naturaleza sociohistórica del hombre conduce inevitablemente al rechazo de las reglas generales del juego científico?

Naturaleza humana y diversidad

En psicología, nuestras prácticas científicas están informadas naturalmente en gran parte por nuestra concepción del hombre, que dicta las orientaciones de nuestra indagación. A modo de transición, antes de aventurar algunas reflexiones futuroológicas sobre las aplicaciones de la psicología, querríamos formular algunos comentarios sobre dos maneras de abordar la naturaleza humana que impregnaron la mayoría de las investigaciones en el pasado. Una es la búsqueda del ser humano «medio» ideal. La otra es la fe en la estabilidad de la naturaleza humana a través del tiempo, ya sea a escala individual o de la especie.

En las Facultades de Psicología se instauró hace largo tiempo la costumbre de imponer a los estudiantes una formación sobre los métodos de investigación, en la cual ocupa un lugar preferente la estadística; hecho que, sin embargo, no ha bastado para convertirla en la asignatura preferida de los aspirantes a psicólogo. Una gran parte de esta formación tiene como objetivo, implícita o explícitamente, el acceso al meollo de la naturaleza humana, después de neutralizar todas las variacio-

nes que, a pesar de nuestro ingenio, continúan contaminando nuestros datos, tanto si éstos proceden de la experimentación o de la observación. Incapaces de eliminar todas las variaciones, de orden inter o intraindividual, dedicamos todos nuestros esfuerzos a minimizar su influencia sobre nuestros resultados echando mano de todos los recursos del arsenal estadístico. Nos concentramos en las tendencias centrales e ignoramos las variaciones, consideradas como meras *desviaciones* —errores o anomalías—. Todo esto corresponde, ciertamente, a una práctica ortodoxa de los métodos científicos y a nadie se le ocurriría oponer objeciones. Sin embargo, dicho proceder también está cargado de implicaciones por lo que respecta a la naturaleza humana que es el objeto de la indagación de los psicólogos.

La responsabilidad recae, al menos en parte, sobre un hombre de ciencia belga, un matemático famoso, Adolphe Quételet (a quien los estudiantes de psicología deberían erigir una estatua en los jardines de su Facultad en señal de agradecimiento...). La historia de las ciencias recoge importantes aportaciones de Quételet a la teoría de las probabilidades y a la aplicación de la estadística a los problemas sociales. Es el padre de la demografía moderna, por ejemplo. Seguro de la fiabilidad de su método —y tenía algunos motivos para estarlo— amplió su uso al conocimiento de la naturaleza humana y afirmó que el análisis estadístico permitiría liberarse de todas las fuentes incontrolables de variaciones y nos proporcionaría de este modo un retrato fiel de la verdadera naturaleza humana. Expuso estas opiniones en una obra famosa, que alcanzó un gran éxito en el siglo XIX, bajo el título significativo de *Essai de Physique sociale*. En ella proclamaba al hombre medio, abstraído a partir de las tendencias centrales del cálculo estadístico, como el hombre verdadero, real, la imagen auténtica de la naturaleza. Los instrumentos estadísticos clarificaban la imagen borrosa y confusa de la diversidad y la inconstancia humanas.

Sin embargo, es muy posible que detrás de las variaciones hubiese algo más que accidentes indeseables que idealmente convendría eliminar. Esta es una idea que ha sido objeto de creciente atención a partir de Darwin, bajo la influencia del pensamiento biológico. Las variaciones son parte integrante de la realidad biológica. Son la condición de la diversificación de las especies y de su supervivencia. Las diferencias interindividuales reflejan la diversidad del patrimonio genético de una población y la complejidad de las expresiones fenotípicas que resultan de la interacción entre patrimonio genético y medio ambiente.

La psicología ha tardado tiempo en reconocer el estatuto de la diversidad. Durante años y hasta hace poco, no se concedía ningún lugar a la psicología diferencial dentro de la teoría psicológica general ni en los manuales introductorios o especializados de psicología general o experimental. Quedó relegada al ámbito de la psicología aplicada, lo cual significa claramente que se aceptaban las variaciones como un hecho lamentable, que desde luego era preciso tener en cuenta, con fines prácticos, en la vida cotidiana, pero desprovisto de relevancia cuando se trataba de elaborar teorías psicológicas (véase Richelle, 1995; y Laury, en este mismo volumen). Algunos diferencialistas se propusieron dotar de respetabilidad científica al enfoque diferencial, aunque no siempre consiguieron que ésta fuese reconocida. La obra de Reuchlin ocupa un lugar destacable en este sentido (véase Reuchlin y Bacher, 1989; Reuchlin *et al.*, 1990). (Aunque esto

pueda decepcionar a los estudiantes que no sienten pasión por los cursos de estadística, este cambio en la actitud de los psicólogos con respecto a las variaciones no conduce en absoluto al rechazo de la estadística, sino simplemente a una modificación de la «filosofía» de su aplicación; lo cual sólo hace más complejo su uso cuando se aplican al análisis de las variaciones en sí.)

La diversidad humana en cualquier momento de la historia de nuestra especie es, por consiguiente, un dato fundamental para la psicología. Esta observación en el plano sincrónico tiene que completarse con una constatación análoga en el plano diacrónico: los individuos humanos cambian en el curso de su existencia y la especie humana lo hace a lo largo de su historia. El desarrollo no es sencillamente, como se consideraba antes, el camino para alcanzar una personalidad adulta acabada y estable, que luego se mantendría supuestamente hasta la muerte, siempre y cuando en la vejez no interviniese algún proceso de deterioro. Al contrario, se trata de un proceso dinámico que engloba la vida entera, como lo indica muy bien la expresión *life-span developmental psychology* —o psicología del desarrollo durante todo el ciclo de vida—, que ha llegado a ser de uso corriente y que destaca tanto el cambio como la estabilidad. En el plano de las generaciones sucesivas, se identifican análogamente los cambios en las prácticas culturales como fuente de conductas humanas inéditas, sin precedentes. A partir de aquí se plantea el interrogante fundamental, a saber: ¿hasta qué punto es permanente la naturaleza humana a lo largo de la historia?

Esta manera de concebir la diversidad y la flexibilidad constituye un paso importante hacia la integración de los enfoques biológico y sociohistórico de la naturaleza humana, y permitirá superar la dicotomía que todavía refleja el Manifiesto ginebrino antes citado. Una teoría psicológica general fundamentada a la vez sobre la base de una ciencia biológica y de una ciencia de la cultura humana que confieran igual importancia a la diversidad y al cambio nos permitiría recuperar tal vez una nueva unidad para la psicología. Lo cual no significa en absoluto que no existan unos rasgos «universales» de la naturaleza humana o que debamos abrazar un «relativismo absoluto». Implica que tenemos que incluir la diversidad y el cambio como elementos constitutivos de la naturaleza humana, al margen de cuáles sean sus rasgos estables a lo largo del tiempo o universales en el espacio.

Este enfoque es, además, a nuestro modo de ver, uno de los más prometedores para responder a los retos del próximo siglo, o del próximo milenio. Ahora ya estamos equipados para embarcarnos en algunas especulaciones futurológicas.

La psicología frente a los retos del siglo XXI

Los cambios que nos aguardan

Hemos vivido tantos cambios, para bien o para mal, en el transcurso del siglo que ahora se acaba que estamos preparados para experimentar otros. Que

el hombre es capaz de adaptarse a los cambios es una evidencia que nunca había estado tan clara, si bien no sabemos hasta dónde alcanza esta capacidad. No sabemos hasta qué punto el hombre es capaz de adaptarse a determinados tipos de cambios.

En nuestro entorno físico y social ya se han iniciado algunos cambios de gran alcance: el deterioro de la capa atmosférica, la creciente contaminación, el agotamiento de los recursos, la amenaza de epidemias a pesar de los progresos médicos, la explosión demográfica, el acortamiento de las distancias en la «aldea global» —con la globalización económica y política que esto conlleva—, la dislocación radical de las estructuras familiares tradicionales, las oleadas de violencia a diferentes escalas sociales —de los pequeños grupos, las comunidades, las regiones, las naciones—, la crisis en relación con el reparto del trabajo, la pobreza, el hambre, etcétera, etcétera, son sólo los más conocidos y más trivializados entre todos los cambios que ya se han iniciado. Todos plantean problemas de tal magnitud que los psicólogos podemos llegar a tener la impresión de que cualquier intento de intervenir sobre ellos está condenado al fracaso, un pesimismo que quizás sólo sea realismo.

Otros cambios apenas comienzan a insinuarse y resulta difícil prever hacia dónde nos conducirán. ¿Qué tipo de modificaciones en la organización cognitiva y emocional de los individuos, y en las relaciones interindividuales, provocarán los rápidos progresos de los sistemas de comunicación asociados a los ordenadores? Y otro interrogante que resulta todavía más intrigante: ¿qué cambios experimentará la naturaleza humana como resultado del desarrollo de la realidad virtual? La emergencia de la función simbólica hizo posible en el pasado un amplio abanico de actividades interiores para los seres humanos, que prolongan la realidad a través del dominio de la imaginación. Las nuevas tecnologías proponen un nuevo tipo de realidad, algo así como una realidad de segundo grado, con la construcción de una red artificial de informaciones sensoriales que podría llegar a constituir la fuente principal de información para los humanos del mañana, la cual modelará su personalidad y sus conductas, ocupando el lugar de la «realidad real» que hasta ahora hemos conocido.

La colonización de otros mundos, reservada quizás a una pequeña élite rigurosamente seleccionada (con la intervención de los psicólogos) tal como ocurre ahora con los astronautas, podría plantear otros retos. No obstante, quién sabe si, antes de que finalice el próximo milenio, o el próximo siglo, una multitud no emprenderá el camino hacia otros mundos, ya sea para el ocio, igual que ahora vuelan a soleadas islas remotas, ya sea como fuerza de trabajo, de la misma manera que los esclavos fueron trasladados por la fuerza a otros continentes no hace todavía tanto tiempo.

No podemos prever en absoluto cómo serán los seres que tendrá que estudiar y a quienes deberá ayudar la psicología. Por consiguiente, resulta difícil prepararnos para ello, es decir, preparar a las futuras generaciones de estudiantes de psicología que se enfrentarán con esa circunstancia. Lo único que podemos afirmar razonablemente es que la propia psicología tendrá que demostrar una gran adaptabilidad, una gran flexibilidad, para responder a tales retos.

Las amenazas para el futuro vistas como problemas de conducta

Vamos a esbozar ahora algunas perspectivas para una estrategia eficaz, sin dejar de recordar que los psicólogos del futuro se enfrentarán con dos categorías de desafíos muy distintos, tal como indican los ejemplos antes citados. Algunos de estos retos representan amenazas para el bienestar del hombre y tal vez para su supervivencia. Los grandes problemas de los recursos, del medio ambiente, de la demografía, pertenecen a esta categoría. Son problemas que exigen sin demora soluciones que, en una gran medida, son una cuestión de comportamientos, además de una cuestión tecnológica. El control de la explosión demográfica, la mejora de la salud pública y el control de las epidemias, la conservación de los recursos, el control de la violencia, etc., exigen que todos los humanos adquieran comportamientos apropiados, los cuales no se desprenden automáticamente de las soluciones técnicas, cuando las hay. En última instancia se trata de un problema de educación y fundamentalmente preventivo. En algunos casos, éste ya se ha abordado con un cierto éxito: por ejemplo, por lo que se refiere a la higiene pública, el respeto del medio ambiente, el control demográfico en determinadas regiones del mundo. Sin embargo, queda un largo camino por recorrer para hacer extensivas las soluciones a todos los problemas que se plantean y, sobre todo, al conjunto del planeta, lo cual es una condición esencial para su éxito a largo plazo. A los psicólogos y especialistas en educación les espera todavía bastante trabajo y deberían empezar a avanzar ya con mayor determinación por esta vía.

Todas las amenazas citadas tienen un factor en común: se sitúan en general en un futuro bastante distante, y el comportamiento que podría contribuir a reducirlas entra en contradicción con el comportamiento actualmente inducido por muchas otras causas. ¿Cómo es posible estimular conductas apropiadas para reducir la contaminación en las grandes ciudades cuando, por otro lado, se hace todo lo posible para promover la venta de automóviles? ¿Cómo podemos esperar economizar recursos naturales en una sociedad totalmente volcada, por otro lado, hacia el consumo? Nos encontramos ante la versión moderna de la vieja contradicción entre el principio de placer y el principio de realidad. Ésta plantea característicamente un problema de horizonte temporal —un concepto que ha llegado a ser central para el desarrollo de la psicología del tiempo—, problema que se concreta en la necesidad de inducir a las personas a actuar movidas por la preocupación por las generaciones futuras. Se trata indiscutiblemente de un problema psicológico, pero que exige un enfoque combinado con muchas otras disciplinas además de la psicología.

Pluridisciplinariedad

Los ejemplos citados nos convencen, en caso de que fuese necesario, de que la psicología tendrá que desarrollar cada vez más la colaboración con otros campos científicos. Los propios psicólogos ya no conciben su objeto de estudio, el individuo humano, como una realidad que sea posible aislar del conjunto de

los sistemas físicos y sociales en el seno de los cuales actúa. La psicología sólo podrá ser eficaz en la práctica si los psicólogos consiguen vender su saber y su competencia práctica a los especialistas de las demás ciencias. En el último cuarto de siglo se han multiplicado felizmente los campos de intercomunicación entre la psicología y otras disciplinas, y muchos psicólogos han inaugurado nuevas vías de aplicación que han suscitado la atención y el interés de sus colegas de otros ámbitos. A partir de los territorios de la clínica psiquiátrica, la escuela, la industria, a los que tradicionalmente tenían acceso, los psicólogos se han adentrado rápidamente en muchos otros, como son las diversas ramas de la medicina —oncología, cardiología, reumatología, SIDA, etc.—, el derecho, los temas sociales —drogas y violencia—, las actividades de ocio —deportes y artes—. Esta ampliación del abanico de actividades de los psicólogos, que contrasta con las pasadas limitaciones de la psicología aplicada, constituye una señal muy alentadora para el futuro. Desde luego, es una condición necesaria para cualquier solución de los problemas que les esperan.

La pluridisciplinariedad es, por lo tanto, más prioritaria que nunca para el futuro de la psicología; lo cual no significa en absoluto que la psicología carezca de su propia especificidad. Pero especificidad no significa aislamiento ni repliegue. Sin duda ha llegado el momento de que nos interroguemos sobre la evolución que han venido experimentando desde hace varios años los programas de estudios de psicología, vaciados progresivamente de lo que antes se denominaba *formación general*, y nos preguntemos si no convendría restablecer, bajo una forma mejor adaptada a las necesidades del futuro, unos fundamentos más amplios que preparen a los psicólogos para la interacción concreta con las demás disciplinas, interacción que preside cada vez con mayor frecuencia la elaboración de los saberes científicos y que se impone de manera cada vez más imperativa en los campos de aplicación.

Comunicación entre psicólogos

Otra prioridad es la comunicación y la interacción dentro del propio ámbito de la psicología. En efecto, es preciso reconocer la situación curiosa en que se encuentra nuestra disciplina. Al desarrollarse, ésta se ha escindido en una gran cantidad de ramas especializadas. En ciertos aspectos, esto sólo es la consecuencia de los progresos realizados, a semejanza de lo que ha ocurrido en todas las ciencias en el transcurso del siglo XX. Sin embargo, a diferencia de lo que sucede en las demás ciencias, la diversificación y la compartimentación han sido a menudo un reflejo de conflictos teóricos, léase ideológicos, y han contribuido a fomentar un aislamiento mutuo entre las diferentes escuelas de psicología fundamental o aplicada. El contenido de la enseñanza, las estructuras de los programas, los modos de relación entre enseñantes, investigadores y profesionales clínicos que se identifican con diferentes orientaciones teóricas, contribuyen a esta ignorancia mutua que se da dentro de la psicología contemporánea. Sería importante que a nuestros estudiantes, en lugar de la actual yuxtaposición de las diversas corrientes de pensamiento y de acción que constituyen la psico-

logía —dejando de su cuenta la elección entre éstas y la fidelidad a la misma—, les propusiésemos un enfoque verdaderamente crítico de las distintas escuelas de pensamiento; un enfoque que les permitiese adquirir un sentido de la historia de las ideas y de las prácticas dentro de su campo de estudio, y una conciencia no ingenua de los problemas epistemológicos implícitos en el ejercicio de nuestra disciplina.

Difusión de la psicología

Finalmente, una tercera prioridad es la relativa a una mejor difusión de la psicología entre el público. Llevamos mucho retraso en este sentido con respecto a las ciencias biológicas y médicas, muchísimo más divulgadas, por no citar ya las ciencias físicas o la astronomía. La preocupación por garantizar que el gran público esté mejor informado sobre las contribuciones de la psicología está muy extendida actualmente entre las asociaciones científicas y profesionales, nacionales e internacionales. Dicha información depende mucho, obviamente, de los medios de comunicación. La penetración en los mismos exige tres condiciones.

La primera es que los profesionales de los medios de comunicación dispongan de datos claros y comprensibles, que puedan ser transmitidos directamente a través de la prensa, la radio y la televisión. Esto nos remite una vez más al problema de la inteligibilidad y coherencia de los datos y de las teorías psicológicas.

Otra condición es la receptividad del público. En este aspecto nos enfrentamos, en mayor medida que las demás ciencias, con el problema de la irracionalidad y del atractivo de las prácticas mágicas. El éxito de la astrología, la numerología, la parapsicología y otras ciencias ocultas es muy real y demuestra que, cuando se trata de su propia persona, los humanos se sienten más inclinados a creer en lo irracional que en lo racional. Siempre resulta difícil decidir si esto es irremediablemente así —si nos encontramos ante un rasgo permanente de su naturaleza humana— o si los propios medios de comunicación los alientan en esa dirección. Dichos medios dan muestras, en efecto, de una subvaloración despectiva de su público, juicio que podría ser sobre todo un reflejo de su propia mediocridad. Hace algunos años, desde la televisión local me invitaron a participar, en calidad de experto en el método experimental, en un debate televisado sobre determinadas prácticas parapsicológicas. Otros compromisos me obligaron a declinar la invitación y recomendar a un joven colaborador. Sin embargo, aproveché la oportunidad de su llamada telefónica para preguntarle al periodista: «¿Cómo se explica que ustedes, los profesionales de la televisión, concedan tanto espacio en sus programas a la parapsicología y tan poco a la psicología? Al fin y al cabo, la psicología también puede explicar muchísimas cosas fascinantes al gran público, algunas de ellas tan entretenidas como las proezas de la parapsicología.» Sin vacilar, me respondió: «Somos conscientes de ello, pero pensamos que nuestro público todavía no está preparado para que le ofrezcamos temas de psicología científica; tenemos que atraer su interés ofreciéndoles cosas que se

adapten mejor a su nivel de comprensión y aprovechar luego la ocasión para entrar, con el tiempo, en la psicología científica, cuando ya esté maduro para asimilarla.» Mucho me temo que la gente de la televisión todavía no debe haber llegado a dicho estadio y que sus programas no deben haber resultado, de hecho, demasiado eficaces para elevar el nivel de su público. La espiral parece moverse más bien en sentido descendente y probablemente expresa más el nivel de los realizadores que el de su público. Esto plantea un verdadero reto para los psicólogos. Tendrían que hacer una publicidad más adecuada de lo que pueden ofrecer. Es una lástima que ya no tengamos entre nosotros a Watson, que se forjó su conocido éxito en el campo de la publicidad después de ser despedido de la Universidad Johns Hopkins...

Educación precoz en psicología, ¿por qué no?

Una manera de abordar el problema sería empezar muy pronto la educación en psicología. ¿No es un hecho sorprendente que la instrucción escolar en la enseñanza primaria e incluso en la secundaria todavía deje casi totalmente de lado la psicología? Sin embargo, una parte muy importante de su acervo podría enseñarse de manera muy atractiva incluso a los niños pequeños y más aún, sin duda, a los adolescentes. Desde luego, no resulta menos fascinante estudiar la percepción, la memoria, el aprendizaje, la sumisión social, etc., que la óptica, la gravedad, las estructuras moleculares o la célula viva. Otro reto al que debemos empezar a responder ya, sin esperar hasta el final del próximo milenio...

¿Sobrevivirá la psicología?

Las reflexiones que hemos presentado al lector se basan en la constatación de que la psicología forma parte del mundo en la actualidad y en la hipótesis de que continuará formando parte del mismo. Confiamos en su futuro porque nos interesa lo que hacemos. Dado que existimos, esperamos sobrevivir. La evolución cultural y biológica podría seguir, no obstante, un camino totalmente distinto. Por ejemplo, la humanidad podría revelarse impotente para controlar los conflictos agresivos y sumirse en el caos, o incluso desaparecer, sin dejar cabida para los psicólogos.

Otra posibilidad, lamentablemente menos verosímil, sería que, gracias a un milagro imprevisible o a la construcción de un dios artificial más competente que los dioses sobrenaturales, la humanidad accediese a un estado de felicidad en el que dejasen de ser necesarios los psicólogos, al menos para las tareas que suelen cumplir la mayoría de las veces en la actualidad, o sea, para ayudar a las personas con sus problemas psicológicos (una noción más próxima a la desdicha que a la felicidad). Como máximo, subsistirían algunos especialistas en psicología dedicados a la investigación fundamental por el mero placer de saber, comparables a los actuales especialistas en las artes o en arqueología.

Una tercera posibilidad, que no tiene nada de irreal y que ya se ha evocado antes, sería que se generalice la «virtualidad». Las personas —clones genéticos, sin duda— crecerían en tal caso sin ningún contacto con lo que ahora denominamos medio ambiente, o sea, con objetos y personas bien reales, sino sólo en interacción exclusiva con el universo artificial constituido por la *realidad virtual*. Estas personas elaborarían su experiencia sensible a partir de fuentes virtuales, inhalarían perfumes virtuales, saborearían alimentos virtuales, harían el amor de manera virtual. De vez en cuando podría ocurrir que experimentasen algún malestar virtual y buscasen la ayuda de un psicólogo, naturalmente también virtual. De ser así, lo único que podemos hacer para prepararnos para el próximo milenio (¿o será tal vez para el próximo siglo?) es definir al psicólogo virtual ideal, a fin de poder fabricarlo y conservarlo en el almacén de los objetos virtuales, listo para ser usado cuando llegue el momento.

REFERENCIAS

- Berthoz, A. (1997). *Le Sens du Mouvement*. Paris: Odile Jacob.
- Bronckart, J.P., Clemence, A., Schneuwly, B. & Schuurmans, M.N. (1996). Manifiesto. Reshaping humanities and social sciences: A Vygotskian perspective. *Swiss Journal of Psychology*, 55 (2/3), 74-83.
- Damasio, A. (1994). *Descartes' Error. Emotion, Reason and the Human Brain*. New York: Grosset-Putnam.
- Lagache, D. (1949). *L'unité de la psychologie*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Miller, G.A. (1956). The magical number seven plus or minus two: some limits on our capacity for processing information. *Psychological Review*, 63, 81-97.
- Quételet, A. (1835). *Sur l'homme et le développement de ses facultés. Essai de physique sociale*. Paris: Bachelier (réédité en 1997 par l'Académie Royale de Belgique).
- Reuchlin, M. & Bacher, F. (Eds.) (1989). *Les différences individuelles dans le développement cognitif de l'enfant*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Reuchlin, M., Lautrey, J., Marendaz, C. & Ohlmann, T. (Eds.) (1990). *Cognition: l'individuel et l'universel*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Richelle, M. (1995). Eloge des variations. In J. Lautrey (Ed.), *Universel et différentiel en psychologie* (pp. 35-50). Paris: Presses Universitaires de France.
- Varela, F.J., Thompson, E. & Rosch, E. (1991). *The Embodied Mind. Cognitive science and human experience*. Cambridge, Mass.: MIT Press.

